

La diagonal que nos separa de la política: un comentario a la conversación con Leandro Feal

Gerardo Muñoz

Incubadora edic.

A veces conversaciones o encuentros públicos generan discusiones fuera de escena, en los pasillos, en bares, y ahora en grupos de WhatsApp. Todo eso es un poco como el *backstage* al que aludía Leandro Feal en la anécdota que contaba sobre Juan Carlos Alom. La conversación debe buscar sus trámites fuera de escena, porque sólo allí es que su capacidad instituyente tiene chance. Un poco en este espíritu, quisiera tirar de un hilo que tematizó con lucidez Elena V. Molina en la conversación con Leandro y que me pareció un punto importante en la medida en que se abre a varios problemas fundamentales que tampoco son reducibles a la obra de Leandro. Voy al grano. Mientras repasábamos la serie sobre la muerte de Fidel y la apertura de la era Obama ("De la Reforma a la Contrarreforma", 2016), Elena analizó una fotografía de dos milicianas en la Plaza de la Revolución y sugirió especulativamente que en esa imagen se dejaba

ver algo así como una diagonal de “la fiesta que atraviesa incluso a los cuerpos uniformados, a los propios sujetos del Poder”. Es una tesis fuerte, de corte especulativa, y que busca avanzar la discusión hacia adelante, en varias direcciones. Aquí solo quiero anotar una.

En primer lugar, la protofigura de la fiesta –que esta serie ha venido circulando con mayor o menor precisión, en las prácticas del Colectivo Mujercitos, también en las colaboraciones de Lester Álvarez, y ciertamente en las escenas de Balada Tropical– no es reducible a una imagen fija y fijada (la de la fiesta nocturna), sino que se trata de algo más: la fiesta es un movimiento excéntrico que transfigura las condiciones objetivas de la realidad. La fiesta es una energía de la vitalidad de los cuerpos que lo descoloca todo, y que en tanto tal es asintótica con la política, puesto que la política es siempre ordenamiento y legibilidad de la realidad. La unidad mínima de la política es una diferenciación entre amigo-enemigo; la fiesta, por el contrario, solicita una excepción de la politicidad para impulsar un desplazamiento de dicha condición dualista. Este cambio solo puede hacerse desde una vitalidad que existe fuera del sujeto de la política, que es el sujeto que calcula y que sabe disponer de los medios de la

guerra de su contrincante. La fiesta busca una exposición en la que la elaboración o el proceso prima por encima de un objetivo o una misión.

En la fiesta, como en la vida, todo puede salir mal. Hablar de fiesta es liberar una errancia de lo que resta al tiempo administrado de las órdenes, las locaciones, y los hábitos de la socialización política. De ahí que la fiesta sea posibilidad del afuera, de un divisionismo intuitivo. Y no por azar aparato de administración de lo vital fue el "divisionismo ideológico": bajo el pretexto de la idealia, la vida era desnudada de su goce y del tiempo improductivo (hace años trazamos un análisis del concepto aquí: <https://bit.ly/3c1zZMs>). Por eso es que no hay un "sujeto" de la fiesta; mientras que nunca hay política sin sujetos (el pueblo, la multitud, el activista, el líder, la vanguardia, el movimiento). La fiesta juega con los gestos; la política con la acción.

Si le damos la bienvenida a esta diferenciación, de inmediato dejar de atractivo aceptar la subsunción del arte a la política y al dispositivo activista. En la medida en que el arte se constituye como procedimiento de verdad (en el sentido fuerte del término, de la *aleitheia*), la relación entre arte y política existen ahora aparece como

disyunción contra la ficcionalización de los discursos. Cuando se pretende avanzar la idea de que todo arte es "arte político" o ideológico, en realidad estamos aceptando la interpelación del poder (negación), tramitando la fuerza en hegemonía (utilidad social) y desplegando las lógicas del reconocimiento del subordinado en lo social (legitimidad). En este sentido, la operación artística -en cuanto creación de imagen y medio- tiene su fuerza disruptiva en la disyunción que pueda hacer con respecto a la política. Ahora bien, esta disyunción no es una anti-política. No se trata en modo alguno de volver a la torre de marfil, o lo que es lo mismo, abrigarse en el valor agregado del mercado del arte y sus lógicas museológicas. se trata simplemente del arte en su condición de posibilidad a la creación de múltiples fragmentos, que en virtud de su irreductibilidad ponen en jaque a la matriz de la gobernabilidad y sus demandas de integración en las lógicas de la domesticación diferencial. Por eso el arte tampoco es reducible a la "crítica" al menos que todavía estemos cómodos en el ensueño de la primera Ilustración: ¡puedes ser crítico, mientras me obedezcas! Las prácticas artísticas siempre fueron los modos en que el

manejo de los materiales trastocaron a la crítica por encima del dispositivo perceptivo del "juicio".

Esta liberación de formas ofrece una entrada a una constelación de medios y estrategias que son en cada caso más fuertes que todo unitarismo de un "movimiento". En realidad, el movimiento no es sino la otra cara del Estado, pues substituye una vanguardia (sujeto-que-sabe) que hipoteca al tiempo de la vida a la alegoría de la Historia. Al final del día, desde ahí es difícil imaginar una división de poderes contra el Estado Total, o el alejamiento parcial de la estructura teológica-política del amigo-enemigo. En cualquier caso, no es que el arte no sea político, sino que la condición de politicidad del arte es siempre hacer éxodo de aquellas situaciones autorizadas por la politicidad. El arte aparece en una situación que genera otros posibles. Nada de esto es menor, ya que se juega la propia transformación contra el estancamiento histórico. En un plano teórico nada más y nada menos que la salida de dos siglos de la dialéctica entre Estado y Cultura en la que se ha articulado la máquina de la razón criolla latinoamericana. Por decirlo con un viejo amigo que alguna vez tuvo un momento de legibilidad y que hoy vuelve a acompañar nuestras

intuiciones: "Se hace histórica solo entre aquellos que se oponen a la historia... liberemos una diagonal en lugar de quedar atascados en una línea ya sea vertical u horizontal. Cuando esto tiene lugar siempre aterriza en la Historia, pero jamás proviene de ella". La fotografía de Leandro es la imagen que siempre falta; la fiesta en diagonal que desnarrativiza todo el peso de una Historia en la que la vida ha quedado fuera.

Apostilla. Ezequiel Suarez como emblema — La postura existencial y poética de Ezequiel Suarez, por ejemplo, es el "paradigma" de otra imaginación y otra forma de escape que deshace los artificios del voluntarismo, de la intencionalidad, de las transferencias caída al reconocimiento del "Yo" de la gran prosa criolla, así como destructiva de las demandas geopolíticas y discursivas. Suárez es el emblema de una tercera figura -ni política ni anti-política; ni hegemónico ni valorativo- por la cual la opacidad de los medios de un cualsea se prepara para un asalto la totalidad. El problema nunca fue denunciar que la "fiesta estaba vigilada" como pide el último protector de la "Cultura", porque el punto siempre fue hacer la fiesta, liberar los gestos, abrir una zona de autodefensa de nuestro entorno (*sorround*).

La protofigura de la fiesta es la inmanencia mediante la cual la vida del
cualquiera encuentra una cosa, otro cuerpo, en el medio. La fiesta es la
proximidad irreductible con otras formas. En esa física de lo
absolutamente próximo la apariencia despeja otro mundo, que es ya
música de existencia. Claudia Patricia: "El juego a la totalidad es una
de las trampas de este milenio". Pues eso, nada más y nada menos:
que la violencia sensible ejerza en cada juego un movimiento de
éxodo de todo atletismo de estado.